

Francisco Berra entre dos orillas

Santiago Harispe

Introducción

A partir de mediados del siglo XIX se dio en toda América Latina un proceso de consolidación de los Estados nacionales, que redundó casi siempre en un alejamiento relativo de las incidencias de la política doméstica entre un Estado nación y otro. Las influencias políticas entre países vecinos no desaparecieron por completo, pero sí fueron menos generalizadas. Algo similar ocurrió con la producción teórica, en la cual la elaboración de relatos sobre el origen de la nación se hizo cada vez más frecuente. Hacia el último cuarto del siglo XIX todo discurso posible cayó bajo los parámetros significativos que esta nueva realidad impuso.

En el Río de la Plata se comenzó a observar un distanciamiento de las producciones historiográficas como consecuencia de ello. Aquel anhelo de constituir una “República Literaria del Río de la Plata” (Devoto, 2008, p. 277) que le mencionara el historiador, político y militar argentino Bartolomé Mitre a su par oriental Francisco Bauzá, expresaba que en la práctica, el reverso lo constituía la consolidación de vertientes historiográficas separadas.

No queremos decir con ello que no existieran lazos, redes y ámbitos de socialización entre las dos orillas. El caso de Francisco Berra que presentamos aquí lo demuestra. La singularidad que comenzó a vislumbrarse entonces es que a medida que los límites territoriales y simbólicos de los Estados nación se volvían más visibles, lo propio hacía la elaboración escrita.

Este curso de los acontecimientos se orientó a partir de un conjunto de transformaciones institucionales que necesitaban justificar su existencia. En consecuencia, hacia el último cuarto del siglo XIX se desarrollaron una serie

de políticas, prácticas sociales y ritualizaciones que, de manera concertada, se conocen como “tradición inventada” (Hobsbawm, 2002) tanto en Europa como en el Río de la Plata.

La diferencia entre ambos márgenes del Atlántico –la fundamental en este trabajo– es la centralidad que las repúblicas americanas le otorgaron a sus “padres fundadores” (Hobsbawm, 2002, p. 283), como se observa de manera bastante obvia en Argentina con las obras de Mitre sobre Belgrano y San Martín.

El lugar que ocuparon estos *national-builders* tanto en Argentina como en otros países fue determinante para fundar historiografías separadas; y el caso de José Gervasio de Artigas constituyó, en el Uruguay, un eje central para explicar (o narrar) su singularidad nacional.

Francisco Berra, como veremos en el desarrollo de este capítulo, no supo entender que el tiempo político que vivía estaba signado por este proceso y sufrió las consecuencias de tal incompreensión en sus años de vida en Montevideo, al enfrentarse al consenso generalizado sobre la figura de Artigas. Su posición contraria al caudillo oriental lo llevó primero a entablar una disputa intelectual con uno de los exponentes principales del campo historiográfico uruguayo en formación, Carlos María Ramírez, y luego, a padecer las consecuencias de su derrota frente a los dictámenes del Estado. El corolario de ello fue la prohibición de su obra sobre la historia del país oriental en las escuelas y la posterior vuelta a la Argentina.

En este capítulo no abordaremos el contenido del combate intelectual de Berra, sino la manera en que esta controversia repercutió en sus ámbitos de socialización y en su futuro político e intelectual. La prohibición de su *Bosquejo Histórico de la República Oriental del Uruguay* en 1883 en los establecimientos escolares, cuando en ese momento él era funcionario de aquella área, lo obligó a una virtual autocensura frente al tema en pos de conservar sus lazos de sociabilidad.

Antes de Artigas

Para reconstruir este “combate por la historia” nos concentraremos en algunos testimonios de su correspondencia y en el análisis de algunas huellas¹ que se observan en su biblioteca privada, recientemente reunida y en proceso

¹ “Estos indicios que, sin premeditación, deja caer el pasado a lo largo de su ruta nos permiten suplir las narraciones, cuando no las hay, o contrastarla si su veracidad es sospechosa. Preservan a nuestros estudios de un peligro peor que la ignorancia o la inexactitud: el de una esclerosis irremediable” (Bloch, 1982, p. 52).

de catalogación. El debate historiográfico se colará entre el relato biográfico de sus años de vida madura, en las décadas del 80 y del 90 del siglo XIX, para mostrarnos reflexiones íntimas de un exponente poco conocido del ámbito intelectual que transitó en ambas orillas.

El relato biográfico de Francisco Antonio Berra no se destaca por su notoriedad en el primer plano de la historia del Uruguay o de la Argentina. Berra es —antes que nada y con el riesgo de utilizar un lenguaje algo anacrónico— un teórico y un político de segundo orden; un pensador influyente en su tiempo (sobre todo al otro lado de la orilla del Río de la Plata), pero sin mayor trascendencia hoy en día. Su campo de acción se ciñó al ámbito pedagógico e historiográfico, aunque nunca dejó de ejercer como funcionario. Cuando no lo fue, trabajó desde diferentes asociaciones para promover sus ideas. Su obra escrita ha sido publicada tanto en Uruguay como en la Argentina, países ambos en los que vivió alternadamente hasta comienzos del siglo XX.

Su vida atravesó prácticamente toda la segunda mitad del siglo XIX, ya que Berra nació en San Miguel del Monte, en la provincia de Buenos Aires en 1844 y murió en la ciudad de Buenos Aires en 1906. Su labor pedagógica o de “educacionista” —como se lo menciona varias veces en aquel entonces— ocupó la mayor parte de su labor intelectual y política. Publicó numerosos artículos sobre el tema, tanto en Uruguay como en la Argentina, y su enfoque, de un positivismo exacerbado, influyó en la política educativa de la provincia de Buenos Aires incluso antes de su labor como encargado del área (Coll Cárdenas, 2009).

Luego de graduarse en la Universidad de la República participó activamente en los ámbitos intelectuales montevideanos, donde llegó a formar parte de la comisión directiva de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular en 1873.² A partir de allí, alternó su labor intelectual y política (en el sentido propiamente de gestión estatal) entre los ámbitos públicos y privados. O, dicho de otro modo, entre la función pública y los circuitos de socialización intelectual y profesional propios de su grupo social de pertenencia.³

² La Sociedad había sido fundada por José P. Varela, Elbio Fernández y Carlos María Ramírez en 1868. La incorporación de Berra trajo algunas discrepancias teóricas en sus debates internos, fundamentalmente con Varela. Estos se acentuaron luego de 1878, cuando la Sociedad comenzó a dictar clases para la formación de maestros (Jesualdo, 1950, p. 20-28).

³ Según Jesualdo (1950, p. 17-19), de un origen familiar modesto, la vida adulta de Berra transcurrió en una mejor posición económica, aunque en sus últimos años de vida habría pasado algunas

Los elementos que nos indican que la elección de Berra puede ser acertada para observar el comportamiento de un miembro típico de los grupos dirigentes se infieren a partir de algunos detalles que se observan en su biblioteca personal y en algunas correspondencias. Al escudriñar en sus papeles privados y sus libros podemos ver algunos aspectos de la manera en que Berra concebía el espacio social donde se vinculaba. De sus datos biográficos más conocidos podemos decir que Berra fue, además de pedagogo y teórico de la educación, un modesto historiador, pero polémico como pocos en su tiempo. En ambos casos, tanto en relación con su labor pedagógica cuanto con su producción como historiador, Berra cosechó poderosos amigos y enemigos alternadamente. El grado de compromiso de sus amistades en los momentos más álgidos de sus controversias intelectuales no parece haber sido muy profundo, si observamos sus resultados. De sus escritos podemos inferir, sin embargo, que nunca cejó en su esfuerzo por entablar relaciones epistolares con cualquiera que perteneciese a los ámbitos de socialización intelectual rioplatense

Sus cartas y algunos borradores, así como las notas que se conservaron de su gestión en la provincia de Buenos Aires, se encuentran en un fondo documental denominado “Archivo Berra” en el Archivo Histórico de la provincia de Buenos Aires.⁴ Otra fuente de información con la que hemos trabajado es lo que queda de su biblioteca personal, reunida en la Biblioteca Central de la provincia de Buenos Aires.⁵ Sin duda, su tamaño actual no era el que poseía por entonces. No sabemos cuánto se conserva de aquella última biblioteca, habida cuenta de su peregrinaje

privaciones. Esta descripción no es convincente, de todas formas, ya que se sabe –como el mismo Jesualdo relata– que en aquel momento Berra se desempeñaba como profesor de la Facultad de Filosofía y Letras y como director en el Registro de la Propiedad, luego de abandonar su cargo de director general de Escuelas de la provincia de Buenos Aires en 1902.

⁴ La dificultad para trabajar sobre él la constituye su falta de catalogación. Aunque algunos de sus documentos están conservados en formato de libro copiador, otros, en cambio, se hallan sueltos.

⁵ Si bien existen algunos trabajos previos sobre Berra, hasta el momento ninguno ha utilizado su biblioteca personal. Las dificultades que presenta el trabajo sobre ella radica principalmente en la falta de certeza sobre el porcentaje de la totalidad de su tamaño original que se ha conservado, en los más de cien años que separan su muerte de la actualidad. Sin embargo, el medio millar de ejemplares que se conservan reunidos, con su apellido incrustado invariablemente en la parte inferior del lomo de casi todos ellos, nos sirven para hacernos una idea de su acercamiento al mundo de las ideas, a partir de sus más íntimas lecturas.

entre Argentina y el Uruguay. Por la edición de una cantidad importante de sus libros y por referencias de librerías uruguayas, sí sabemos que muchos ejemplares los trajo de Montevideo. Existen algunos encuadernados y consignados con su nombre en el lomo hasta dos años antes de su muerte, lo que nos demuestra que su obsesión por el cuidado de su biblioteca fue constante hasta sus últimos días. Es probable, incluso, que su número pueda seguir creciendo en la actualidad por hallazgos esporádicos, aunque ya no abundantes.

Más allá de la importancia de su biblioteca, de la que no hay ninguna duda, Berra no fue un bibliófilo del tamaño de Pedro de Angelis, ni de Saturnino Segurola, Juan María Gutiérrez, Manuel Mansilla, Eduardo Lahitte o sus amigos Zeballos, Quesada o Zinny, por nombrar algunos célebres exponentes del siglo XIX. Si bien su formación universitaria estaba asociada al derecho, nunca pretendió establecer sus vínculos de sociabilidad en torno a aquel espacio profesional. O al menos así lo atestigua un ofrecimiento que le hiciera en el año 1900 Salvador de la Colina, por entonces presidente del Colegio de Abogados de La Plata, para que participara de la comisión directiva del mismo.⁶ Tampoco le asignó demasiada importancia a su tarea como abogado defensor en sus primeros años como profesional, como se verifica en parte de su correspondencia.⁷ Al contrario, desde muy temprano tuvo como vocación la enseñanza, la elaboración teórica en torno a ella y la historia. Por cierto, no encontramos libros de derecho en su biblioteca.⁸ Al igual que sus pares, cultivó un especial interés por los libros. Su afección por ellos se puede observar en algunos ejemplares suyos que nos llegaron hasta el día de hoy. Desde los once tomos de una obra de Condillac de 1782,⁹ pasando por

⁶ Carta de Salvador de la Colina a Francisco Berra del 22 de marzo de 1900. Esta carta se encuentra suelta en el “Archivo Berra” del AHPBA, sin catalogarse ni pertenecer a ninguno de los libros copiadore que dicho fondo contiene.

⁷ Por ejemplo en una contestación que le enviara a Luis Domínguez, donde la atención que le presta al pedido de defensa de su caso, en primera instancia, queda en manos de Victoriano, su hermano. AHPBA. Archivo Berra. Libro Copiador 1876-1878, p. 25. Carta al Sr. Don Luis Domínguez el 11 de agosto de 1876.

⁸ La presunción de que se hayan separado por una donación posterior no es convincente, aunque sí completamente factible.

⁹ Condillac, Étienne Bonnot de. *Cours d'étude pour l'instruction du prince de Parme*. Aux Deux-Ponts. 1782. Obra perteneciente a la Colección Berra de la Biblioteca Central de la provincia de Buenos Aires. Signatura topográfica 371.3 (44) C62 Inv. 14659 al 14709. Son 11 tomos de los 16 que se

los seis volúmenes, en castellano, de la *Historia de la Revolución Francesa* de Thiers¹⁰ de mediados de siglo, hasta numerosos tratados sobre educación y diccionarios de diversos países, muestran una atención y un cuidado especial en algunos volúmenes.

Hay una característica, sin embargo, que define a muchos hombres de aquellos años y de la cual Berra es un buen exponente: su carácter de bibliófilo romántico. Tal como ha escrito Graciela Batticuore (2007, p. 84 y ss.), en el Río de la Plata el romanticismo había concebido a la biblioteca en el hogar como un “síntoma de civilización”. Muchas de las cartas que intercambia Berra demuestran la centralidad que los libros y su biblioteca tenían en su vida.

En otros aspectos Berra es algo confuso y sigue patrones contradictorios, guiado quizá por cierto afán de socialización “estratégica”; o, dicho de otro modo, por su búsqueda de relaciones intelectuales útiles para su proyección profesional. En 1882, por ejemplo, le envía una carta a Pedro II, emperador del Brasil, donde le menciona unos escritos de pedagogía que oportunamente había acercado a la corte y le comunica que le adjuntará su disertación en el Congreso Pedagógico de Buenos Aires de ese mismo año.¹¹ Un año después vuelve a escribir al monarca y le anuncia que con dicha carta le adjuntará su texto “Apuntes para un curso de pedagogía”.¹² Semejante interés por establecer vínculos con el Imperio del Brasil en algo tan controvertido como la instrucción pública suena, como mínimo, extraño. Como bien sabemos –y entonces también lo sabría Berra– el estado de la educación pública en Brasil distaba mucho del ideal que defendieran él y otros “educacionistas” de aquellos años. Las críticas de José Veríssimo, pedagogo brasileño casi contemporáneo de Berra y acérrimo crítico del sistema educativo del Imperio, no dejan dudas (Carvalho, 2003). ¿El interés por el emperador estaba guiado por la imagen de mecenas de la historia profesional de la que gozaba aún el

publicaron. A partir de aquí, todos los libros mencionados de la Colección Berra serán citados solo por su signatura topográfica.

¹⁰ Thiers, M. A. *Revolución Francesa*. Madrid. Establecimiento Tipográfico de D. F. de P. Mellado. 1845. Signatura topográfica 944 T34 Inv. 20136.

¹¹ AHPBA. Archivo Berra. Libro Copiador 1881-1884, p. 284. Carta enviada “S. M. el Emperador del Brasil”.

¹² AHPBA. Archivo Berra. Libro Copiador 1881-1884, p. 453. Carta enviada a “S. M. el Emperador del Brasil”.

Estado brasileño? Quizá. No es demasiado grande la sección dedicada a la historia brasileña que encontramos en su biblioteca; solo hay algunos libros sobre aquella temática escritos en portugués. En cualquier caso, no fue su *Bosquejo Histórico de la República Oriental del Uruguay* el que le mencionó al emperador, sino que al menos tres de sus escritos pedagógicos sirvieron de excusa para mantener la correspondencia.

En otros aspectos, Berra fue bien prototípico. De sus ejemplares, el 35 por ciento están en idioma francés, el 10 por ciento en italiano (que se explica fundamentalmente por obras de tipo pedagógico) y en mucha menor medida, obras en portugués. Curiosamente, no poseía obras en inglés, o al menos no se han conservado. Incluso cuando estas habían sido escritas originalmente en aquel idioma, Berra prefería su traducción al francés, como demuestra, por ejemplo, su *De la fécondation des orchidées par les insectes et des bons résultats du croisement* de Charles Darwin,¹³ por citar a un autor célebre. También parece llamativo que el único libro en latín que conservó en su biblioteca (la *Philosophia Moralis* de Francisco Jacquier) haya sido un regalo de una edición de 1822, que por alguna razón Berra no quiso rubricar,¹⁴ y por lo tanto, quizá no lo leyó. La ausencia de libros en idioma inglés no puede deberse a motivos deliberados posteriores a su muerte. Nada explicaría, con ese razonamiento, por qué los libros en portugués o francés sí recorrieron el mismo itinerario que sus pares castellanos. Una razón que sugerimos es la incomprensión del idioma, más allá del afrancesamiento propio de nuestras clases dirigentes, que explicaría el alto porcentaje en esa lengua. La formación temprana de Francisco Berra no fue la típica educación de una familia acomodada. Se dice que antes de graduarse como abogado trabajó con su padre en un taller donde habría tenido un accidente grave en su mano, por lo que a partir de allí, lo habrían “liberado” del trabajo manual para que se dedicara a los estudios.

Hacia principios de los años 80 del siglo XIX –según sabemos por correspondencia con Carlos María Ramírez–, Berra poseía más de 2.000 folletos,

¹³ Darwin, Charles. *De la fécondation des orchidées par les insectes et des bons résultats du croisement*. Paris. C. Reinwald et Cia. Libraires Editeurs. 1870. Signatura topográfica 582.59 D 4. Inv.

¹⁴ La dedicatoria se torna borrosa y por lo tanto imposible de entender en su totalidad. Jacquier, Francisco. *Philosophia Moralis. Matriti*. Typis Viduae Placidi Barco López, 1822. Signatura topográfica 17 J 1 Inv. 10.070.

además de los ejemplares de su biblioteca.¹⁵ Por desgracia, ninguno de sus folletos ha permanecido a nuestro alcance, por lo que no podemos valorar su contenido.

Su carácter de “bibliófilo romántico”, de nuevo en términos de Batticuore, “no está dado solamente por la serie de títulos y autores elegidos para llenar sus estantes, sino más bien por el sentido que ellas adquieren en sus vidas, así como el lugar central que la biblioteca ocupa en la casa” (2007, p. 79). Tanto es así que en una carta dirigida a Florencio Escardó, Berra le escribe que había recibido su libro sobre historia argentina y uruguaya y que agradece “como merece su obsequio, que ya ocupa un lugar en mi biblioteca americana”.¹⁶ La cuestión del lugar que ocupa dicha obra en su biblioteca se torna más paradigmática aún, ya que en la misiva, Berra le declara incluso que todavía no había leído su obra,¹⁷ lo que refuerza la idea de que para él fue más importante, en un principio, referirse a “su” biblioteca antes que reseñarle un comentario sobre el contenido del libro en cuestión. Dicho ejemplar se conserva aún en los fondos de la colección, con su dedicatoria correspondiente, presumiblemente virgen de toda lectura.¹⁸

La encuadernación con la rúbrica de su apellido en casi todos los lomos, en su parte inferior, parece haber sido una práctica que lo acompañó varios años. Sabemos por publicaciones editadas a escasos dos años de su muerte, que hasta el último momento de su vida Berra continuó haciéndolo, como se mencionó antes. Sabemos también que más de veinte años atrás ya lo practicaba, como se desprende de la correspondencia con Ángel Carranza, donde le comenta la entrega de dos ejemplares suyos y le informa que

¹⁵ AHPBA. Archivo Berra. Libro Copiador 1876-1878, p. 41. Carta enviada al Sr. Don Carlos M. Ramírez el 23 de agosto de 1876. Berra dice allí que no encuentra el folleto de Gregorio Aráoz de Lamadrid *Origen de los males y desgracias de las Repúblicas del Plata* por “estar entre los dos mil folletos con que está revuelto”.

¹⁶ AHPBA. Archivo Berra. Libro Copiador 1876-1878, p. 22. Carta enviada al “Sr Don Florencio Escardó” - 9 de agosto de 1876.

¹⁷ AHPBA. Archivo Berra. Libro Copiador 1876-1878, p. 22. Carta enviada al “Sr Don Florencio Escardó” - 9 de agosto de 1876.

¹⁸ Escardó, Florencio. *Reseña histórica, estadística y descriptiva con tradiciones orales de las Repúblicas Argentina y Oriental del Uruguay desde su descubrimiento del Río de la Plata hasta el año 1876*, Montevideo, Imprenta de la Tribuna, 1876. Signatura topográfica 982/989.9 E 77 Inv. 16357.

uno de ellos “lo tomó de la encuadernación para mandárselo”¹⁹ al doctor Andrés Lamas.

Después de Artigas

Pero volviendo a las noticias biográficas que mencionábamos en un principio, queda por destacar, de su labor montevideana, su participación en el Instituto de Instrucción Pública en 1874 para la elaboración de informes en colegios del interior del Uruguay; sus escritos en la revista *El Maestro*, también por aquellos años; la edición del “Reglamento General de Escuelas”; su participación en la fundación del Ateneo de Montevideo y del Club Universitario; la presidencia de la Sociedad de Amigos de la Educación entre 1878 y 1879; y finalmente, uno de sus grandes logros profesionales: su labor como representante del Uruguay en el Congreso Pedagógico de Buenos Aires de 1882.

En dicho congreso Berra logró resaltar, a través de una destacada intervención, en la polémica entre liberales y clericales, que continuó en nuestro país dos años después con la sanción de la ley 1420 de Educación Común. Sin embargo, no fue sino hasta la publicación de la tercera edición de su *Bosquejo Histórico de la República Oriental del Uruguay* en 1881, que sus logros político-profesionales entraron en crisis. Si bien su labor pedagógica y teórica había comenzado a ser cuestionada por sus colegas Emilio Romero y José Varela (ambos funcionarios –como él– del área educativa en Uruguay), sus escritos (fundamentalmente su *Apuntes de Pedagogía* de 1878-1883) habían contribuido a mejorar sus relaciones a ambos lados del Río de la Plata.

Ello fue así hasta que salió la tercera edición del *Bosquejo Histórico*, momento en que Berra conoció los avatares del exilio político que tanto caracterizaría las relaciones entre una y otra orilla. Como ha escrito su máximo defensor en la actualidad, Guillermo Vázquez Franco (2001) –en un libro algo panfletario, a decir verdad–, la orden del presidente uruguayo Máximo Santos de prohibir a Berra tuvo como justificación de tipo administrativo, argucias ideológicas centradas en la figura de Artigas, a quien Berra cuestionaba desproporcionadamente, según la opinión del Estado.

En realidad, la visión de Berra sobre Artigas en particular y sobre la historia uruguaya en general, era compartida por muy pocos sectores de

¹⁹ AHPBA. Archivo Berra. Libro Copiador 1881-1884, p. 14. Carta al Sr. Dr. Don Ángel Carranza - 23 de agosto de 1881.

la intelectualidad del país vecino. Su perspectiva, influida por la historiografía unitaria argentina y la noción de “civilización” de Sarmiento, hizo de la figura de Artigas un símbolo de la barbarie y el atraso. La centralidad de Buenos Aires –y en menor medida de Montevideo– en detrimento de la campaña y de las reivindicaciones federales, son numerosas y reiteradas en las páginas del *Bosquejo*. En algunos pasajes tomados al azar, por ejemplo, podemos ver que se califica a Artigas como “el más implacable, turbulento y temido de todos los caudillos” (Berra, 1895, p. 348), y a las pocas páginas se lo condena por “su inclinación al desorden, su encono y la violencia de su carácter” (1895, p. 394).

Por entonces, en Uruguay había finalizado ya lo que un historiador de aquel país ha denominado la “etapa protohistoriográfica” (Sansón, 2011) –que en algún sentido podría coincidir temporalmente con el tipo de producción argentina (aunque con algún retraso)– y comenzaba a consolidarse la “nacionalización” de la historiografía en ambos lados del Río de la Plata. Mientras aquí, con Mitre, las figuras de San Martín y Belgrano se entronizaban sin discusión en el “panteón nacional”; en Uruguay, la figura de Artigas adquiría la estatura de héroe fundador de la Patria, y la obra de Francisco Bauzá, su explicación más acabada. Ello redundó en cierto distanciamiento de las “historiografías” argentinas y uruguayas, al profundizar la operación simbólica compartida por todas las historiografías dominantes de establecer los mitos y los símbolos de origen de sus respectivas naciones. Si bien conserva sus vínculos, el campo intelectual rioplatense comienza a “ensayar” temas diferentes.

En este marco, las ideas de Berra no tenían cabida. “Prohibido por decreto de 13 de setiembre de 1883. No debe leerse”, decía la disposición administrativa del ministro de Fomento, Carlos de Castro, luego de publicada la tercera edición del *Bosquejo Histórico* en 1881. Dicha prohibición, sin duda, entrañó una situación difícil de resolver para Berra. En una carta fechada en mayo de 1882 en Montevideo, le dice a su amigo Alberto Navarro Viola, en relación con las disputas historiográficas: “he tratado de defender lo que he creído verdad, del modo que me ha sido posible, dado el terreno, para mi extraño, de la crítica histórica, á que me visto

fatalmente arrastrado".²⁰ Es sugerente la expresión ("fatalmente arrastrado") que utiliza: demuestra que su comprensión de la situación que atravesaba aún no había calado con profundidad. La historiografía y el gobierno uruguayo consideraron a partir de 1883 que la obra de Berra debía estar prohibida en los establecimientos escolares. Ello significaba, en aquellos años en que campo historiográfico y Nación comenzaban a ser una misma cosa, un revés que –como consideraba Berra– podía resultar fatal para sus aspiraciones profesionales, políticas e intelectuales.

La consolidación del Estado nación en cada una de las orillas significó una distorsión en los acostumbrados lazos que unían la práctica historiográfica y la acción política de aquellas ideas. El decreto del presidente Máximo Santos prohibiendo la obra de Berra dice en algunos párrafos:

Es prematura y perjudicial toda tendencia que venga a desvirtuar el juego de los elementos que han de radicar el carácter nacional. La obra del Doctor Berra representa esa tendencia. Es más digna de ilustrar un criterio ya maduro, que para concurrir al fin elevado que persigue el Estado al señalar como tradición, la muy gloriosa del general Artigas, que venera el pueblo y que se perpetuará con el tiempo a pesar de cualquier obstáculo.

Considerando pues, completamente inconveniente y perjudicial la adopción de ese libro en las escuelas públicas, este Ministerio, con el acuerdo del señor Presidente de la República, ordena a la Dirección General disponga lo conveniente para que la enseñanza de la historia patria permanezca ajena a toda influencia antinacional, es decir, que no se de, ni por referencia, el citado `Bosquejo`, el que debe desaparecer del raconto en que se educa la niñez, porque más que un derecho es un deber de toda nacionalidad no discutir su independencia, sino acatarla y dignificarla (Citado en Vázquez Franco, 2001, pp. 279 y 280).

Esta anatematización de la obra de Berra (y de la "línea disidente") redundó posteriormente en la ratificación de Francisco Bauzá como el historiador oficial, tal como sucedería con Bartolomé Mitre en Argentina con los integrantes de la Nueva Escuela (Devoto, 2008, p. 272). Asimismo, en la

²⁰ AHPBA. Archivo Berra. Libro Copiador 1876-1878. Página 201. Carta a Alberto Navarro Viola - 27 de mayo de 1882.

confirmación por exclusión (también al igual que en el caso argentino) de una tendencia historiográfica-política por sobre otra.²¹

Es posible que esta prohibición y su traslado definitivo a la Argentina hayan contribuido a que Berra no publicara más artículos ni libros sobre historia. Es sugerente, sin embargo, que algunos lo siguieran tildando, aún después de la prohibición, como historiador, como su amigo Antonio Zinny, quien en la dedicatoria de su libro *Historia de la prensa periódica de la República Oriental del Uruguay 1807-1852* (1883) lo nombra como “distinguido historiógrafo y brillante educacionista”. O como Alcides Lima, quien en su *Historia Popular do Río Grande* (1882) lo menciona como “o ilustre historiador”; o incluso Fregeiro, quien lo reivindica como “El autor del *Bosquejo Histórico de la República Oriental del Uruguay*” (Fregeiro, 1879).

La prohibición, sin embargo, no lo aleja de los ámbitos intelectuales y políticos. En la documentación existente en el Archivo de la provincia de Buenos Aires se observa mucha correspondencia con dirigentes políticos e intelectuales argentinos (Domingo F. Sarmiento, Estanislao Zeballos, Bartolomé Mitre, Julio A. Roca, por ejemplo), así como con otros intelectuales americanos y europeos; lo que sugiere una evidente conclusión: Berra, sin duda, aceptó la derrota que la incipiente historiografía uruguaya –con el apoyo del Estado– le había asestado a partir de los debates escritos un tiempo antes.

A través de una polémica desatada por Carlos M. Ramírez,²² que Berra contestara con su *Estudios críticos acerca de la República Oriental del Uruguay. Defensa documentada del Bosquejo Histórico, contra el Juicio Crítico que le ha dedicado el Doctor Don Carlos María Ramírez* del año 1882, la prohibición se había convertido en una cuestión de tiempo.²³ La controversia contra Berra comenzó incluso antes de que este pudiese leer el escrito de Ramírez, publicado primero en Buenos Aires y luego en Montevideo. Las

²¹ Habría que resignificar la afirmación de Renan de que “el olvido, e incluso diría que el error histórico, son un factor esencial en la creación de una nación” (2000: 56), toda vez que los que antes se consideraban errores, pueden ser hoy interpretaciones, y los que se concibieron como olvidos son experiencias, ideas o tradiciones que sucumbieron ante una producción teórica hegemónica en un momento dado.

²² En su *Juicio Crítico del Bosquejo Histórico de la República Oriental del Uruguay por el Dr. Francisco A. Berra*, en el año 1881, cuando Ramírez se encontraba en Buenos Aires.

²³ Un análisis puntual de la controversia entre ambos autores se puede seguir en el artículo de Tomás Sansón (2006) publicado por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP.

noticias de su ataque lo inquietaron antes de poder defenderse, como le comunica a Carranza. Desde un comienzo, Berra no dudó en pedir ayuda.²⁴ Según Coll Cárdenas (2009, p. 47), Berra recurrió a Mitre y a Ángel Carranza para proveerse de documentación probatoria. Sabemos también por su intercambio epistolar que contó con el apoyo de Andrés Lamas,²⁵ y con el aporte documental de Mariano Pelliza para dar el combate: “Nada ha replicado Ramírez (...) Si el silencio se prolonga tanto que sea improbable la necesidad de exhibir originales sus preciosos documentos se los mandaré”,²⁶ le dice en una carta, en referencia a seis documentos aportados por Pelliza “á título de préstamo” que “confirman otros de Pueyrredón que tengo originales”,²⁷ según afirma Berra en el mismo carteo de principios del año 1882.

Esta correspondencia en torno a su polémica historiográfica nos aporta otro elemento: la devoción que Berra le dedica a Mitre en varias cartas, incluso antes de publicar su tercera edición del *Bosquejo Histórico*. Más allá de la fingida modestia que puede interpretarse de sus palabras, Berra le expone a Mitre que era consciente de su flaqueza en el terreno historiográfico. En una de sus tantas misivas le dice:

Insisto á la vez de la necesidad de suplicar su indulgencia, pues no se me oculta que mis aportes, defectuosos ante los ojos de cualquiera inteligente, no merecen figurar en la biblioteca del autor del ‘Belgrano’.

²⁴ “No he adquirido aún el folleto que el Dr. Ramírez dedica á mi bosquejo, porque no ha llegado a las librerías de acá. Tengo noticias de su contenido por cartas que recibí (...) la verdad triunfará más definitivamente, si amigos como Ud. me mandaran armas poderosas de su rico parque”. En AHPBA. Archivo Berra. Libro Copiador 1881-1884, p. 121. Carta al “Sr. Dr. Ángel J. Carranza” - 25 de enero de 1882. El subrayado es original.

²⁵ Al menos así se lo agradece a Carranza, quien le comunica el apoyo suyo, de Mitre y de Lamas. En AHPBA. Archivo Berra. Libro Copiador 1881-1884, p. 50. Carta al “Señor Dr. D. Ángel J. Carranza” - 25 de septiembre de 1881.

²⁶ AHPBA. Archivo Berra. Libro Copiador 1881-1884, p. 217. Carta al “Sr. Don Mariano A. Pelliza” del 13 de junio de 1882.

²⁷ AHPBA. Archivo Berra. Libro Copiador 1881-1884, p. 121. Carta al “Sr. Don Mariano A. Pelliza” del 25 de enero de 1882.

Si algo pueda atenuar el hecho de haberme lanzado a escribir una obra semejante sin las aptitudes y la preparación indispensable, el móvil, que Ud. conoce ya; el deseo que he tenido de ser imparcial.²⁸

Es curioso que la polémica en que se halla Berra no solo se da entre miembros del mismo estrato social y profesional (como no podía ser de otra manera), sino entre gente muy cercana. Tanto es así, que antes de entablar públicamente la discusión con Berra, Ramírez mantenía un trato más bien cordial con él. En un intercambio epistolar entre ambos, Berra le dice:

Estimado amigo. Contestando á la esquila con que Ud. me pide el primer tomo de la Historia de Belgrano y el opúsculo de Lamadrid Orígenes de los males y desgracias etc., debo decirle: Que sin embargo de ser ley de mi pequeña biblioteca permitir la lectura á todos, pero prestar a nadie, le remito el Mitre.²⁹

Asimismo, se observa que luego de ser públicamente prohibido por el presidente Santos, a través de su ministro Carlos de Castro y el entonces director nacional de Enseñanza Jacobo Varela, la relación entre este último y Berra no había desaparecido. Prueba de esto es que uno de los ejemplares dedicados de su biblioteca está firmado por el mismo Varela, quien se refiere a él como “su amigo” dos años después del mencionado decreto (Varela, 1885). Hecho curioso que, al menos entre los papeles consultados, no encuentra explicación satisfactoria.

Aunque su vuelta al país se dio unos cuantos años después, Berra comenzó a percibir que su disputa ideológica, historiográfica y política estaba perdiéndose. Así se lo hacía saber a Roca cuando le agradecía la dedicatoria de su *Mensaje Presidencial de 1882* y le confesaba: “recuerdo todos los momentos á mi tierra, con todas las realidades halagadoras que tiene, y con todas las idealidades que fomenta la distancia... en un medio tan ingrato como es este en los actuales momentos”.³⁰ Si bien la disputa historiográfica se mantuvo, por la

²⁸ AHPBA. Archivo Berra. Libro Copiador 1881-1884, p. 13. Carta al “Sr. General Don Bartolomé Mitre” del 22 de agosto de 1881.

²⁹ AHPBA. Archivo Berra. Libro Copiador 1876-1878, p. 41. Carta enviada al Sr. Don Carlos M. Ramírez el 23 de agosto de 1876. Dicho ejemplar no se encuentra en la Colección, por lo que podemos inferir que nunca fue devuelto, como vaticinaba la carta.

³⁰ AHPBA. Archivo Berra. Libro Copiador 1881-1884, p. 210. Carta “Al Sr. General Don Julio A. Roca” - 5 de junio de 1882.

correspondencia advertimos que el flujo de comunicaciones en torno al tema en debate cedió y Berra se concentró nuevamente en cuestiones pedagógicas y en tratar de construir (y reconstruir) lazos con personajes importantes del mundo editorial y político.

Luego de su éxito en el Congreso Pedagógico de Buenos Aires de 1882 accede a ciertos circuitos pedagógicos europeos. Publica en la *Revue Philosophique* de Ribot; se cartea con Bernard Pérez —este incluso le dedica un ejemplar suyo³¹—; edita numerosos artículos sobre pedagogía y participa de profundos debates sobre esta cuestión. Por entonces sus conceptos comienzan a influir en las ideas de Rodolfo Senet y Víctor Mercante, quienes luego serán pilares de la pedagogía y la psicología experimental de la niñez en nuestro país.

Pero el logro más importante llegó con el Congreso Pedagógico de París de 1889, donde Berra obtuvo la medalla de plata, hecho que lo catapultó tiempo después a su regreso a la Argentina y a ejercer al frente de la Dirección de Escuelas de la provincia de Buenos Aires por varios años.

Sin duda, el logro en París representó para Berra una forma de resarcirse de sus combates perdidos. En una carta a Juan de Vedia de febrero de 1890 dice: “es posible que después de esto se miren algo más ciertos caballeros que no tienen otro título que los entusiasmos juveniles” (citado en Coll Cárdenas, 2008, p. 57).

Consideraciones finales

Como otros, Berra se desempeñó en varios frentes al mismo tiempo. Sus ideas en el terreno de la pedagogía han sido abandonadas luego de que la ensoñación por el positivismo se marchara de estas tierras.³² Su obra, en todo el sentido de la palabra, tuvo mucha más influencia que la que hoy podemos vislumbrar, toda vez que en la actualidad ha caído completamente en el olvido. Su lugar en la historiografía también ha quedado sepultado ante la evidencia de su modesto desempeño, como él mismo lo reconociera en alguna carta que ya se ha mencionado.

Sus ideas en torno a las cuestiones pedagógicas tempranas en los niños demuestran que Berra fue un importante defensor de la educación, en especial

³¹ Pérez Bernard. *La Psychologie de l'enfant (les trois premières années)*. Paris. Librairie Germer Baillié et Cie. 1882. Signatura topográfica 159.92=40 P22 Inv. 15.506.

³² Para un análisis del recorrido del positivismo y de Berra en el terreno pedagógico en el Uruguay, consultar el trabajo clásico de Ardao (1968) citado en la bibliografía.

de la educación pública. Sus conceptos acerca de las conexiones necesarias entre la psicología y la educación eran centrales en su obra. Por ello, el lugar que ocupaba el Estado era para él fundamental.

En la polémica por su *Bosquejo Histórico*, sin embargo, fue ese mismo Estado nación el que lo acalló. “Prohibido por decreto de 13 de setiembre de 1883. No debe leerse”, decía la orden emitida por el presidente Santos. Curiosamente (o no tanto), los estertores que quedaron de aquel decreto lo silenciaron sobre los asuntos historiográficos. Tuvo una nueva edición de su *Bosquejo Histórico*, pero ya cuando vivía en este lado del Río de la Plata, donde las referencias a su disputa y prohibición eran apenas referidas mediante alegóricas posiciones historiográficas. Nada en concreto se menciona allí sobre la controversia que desató su contenido. Su prohibición, su autocensura posterior sobre el asunto,³³ así como el regreso a la Argentina un tiempo después, demuestran en Berra la decisión de privilegiar los lazos de sociabilidad sobre sus convicciones íntimas, por más precarias que fueran.

En su reflexión madura, Berra se ve a sí mismo como un hombre de la política, pero no de “partido” o “facción” alguna, según la tipología que él mismo había diseñado en escritos de su intimidad. En un borrador denominado “Los partidos políticos”, distingue la acción de los hombres que, con su participación en alguna “escuela política”, intentan que el Estado cumpla con sus ideas, a diferencia de los hombres partidarios que muchas veces se vuelven “facciosos” y por lo tanto mezquinos. Dice en una de sus páginas: “los que solamente pertenecen a escuelas políticas, son ajenos a los partidos, i a las facciones; no tienen interés en ocupar ni en desalojar empleos, i nunca disfrutaron ni se mueven por esta causa”.³⁴ Palabras que quizás intentaron ser un ensayo de autoconmiseración, pero de escaso valor teórico. Con el transcurso del tiempo sus disputas políticas cesaron. En una carta que Zeballos le escribe unos años antes de su fallecimiento

³³ En la presentación del *Boletín de Enseñanza*, del que fuera director, ya en Buenos Aires escribe: “será órgano de difusión pero **no empleará para conseguir su fin el medio de la polémica, porque la experiencia ha demostrado que tal modo de proceder apasiona más que convence**”. “Para qué ha de servir el Boletín de enseñanza i de administración escolar”, en *Boletín de Enseñanza y Administración Escolar*, t. 1-4, enero-abril de 1895. El resaltado es nuestro.

³⁴ APHBA. Archivo Berra. “Los partidos políticos—parte de una nota que escribí para el código de enseñanza i que retiré 1897” (sin catalogar).

lo deja bien claro: “hace muchos meses que no nos vemos, pero yo noto que Ud. navega en aguas más serenas”. Con esto, presumimos, se refiere también a sus inquietudes historiográficas, habida cuenta de su nula producción en este campo.

El nombre de Francisco Berra no ha sobresalido en la historia nacional. Solo ha quedado grabado en la estación de ferrocarriles del partido de Monte, en la provincia de Buenos Aires, y en la primera escuela platense que lleva su nombre. Poco más que cierta referencia marginal en algún texto evoca su obra escrita. En los años en que vivió, sin embargo, se carteo con importantes dirigentes políticos rioplatenses; incluso llegó a mantener correspondencia con el emperador del Brasil. Algo similar hizo con varios integrantes de la elite intelectual y política del Río de la Plata. Su oficio lo obligó a sostener una relación asidua con editores y escritores de diversos países, lo que lo mantuvo permanentemente vinculado con el mundo de las ideas. Su posición como hombre ordinario de los grupos dirigentes de finales del siglo XIX lo convierte en un buen ejemplo para entender cómo debía comportarse por entonces un miembro de esa intrincada red de relaciones sociales que unían a la política y a las ideas.

Berra libró algunas batallas en las cuales sufrió derrotas irreparables para sus objetivos profesionales. La reconstrucción de una pequeña porción de su itinerario de vida intelectual entre Uruguay y la Argentina nos ayuda a reflejar cómo se establecían las relaciones de socialización y producción teórica en aquellos años en que el Estado se consolidaba en ambas orillas del Río de la Plata.

Fuentes

Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, AHPBA.

Archivo Berra

Libros copiadores 1876-1878; 1881-1884.

Correspondencia y borradores sin catalogar.

Biblioteca de la Provincia de Buenos Aires

Colección Berra – Biblioteca tesoro.

Bibliografía

Ardao, A. (1968). *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*. Montevideo: Universidad de la República- Departamento de publicaciones.

- Batticuore, G. (2007). Lectores, autores y propietarios. Las bibliotecas románticas. En M. Madero y S. Gayol (Ed.), *Formas de Historia Cultural* (pp.71-88). Buenos Aires: Prometeo.
- Berra, F. A. (1881). *Juicio Crítico del Bosquejo Histórico de la República Oriental del Uruguay por el Dr. Francisco A. Berra*. Montevideo: Librería y casa de publicaciones de A. Rius.
- Berra, F. A. (1882). *Estudios históricos acerca de la República Oriental del Uruguay. Defensa documentada del Bosquejo Histórico, contra el Juicio Crítico que le ha dedicado el Doctor Don Carlos María Ramírez*. Montevideo: Librería y casa de publicaciones de A. Rius. Berra, F. (1895). *Bosquejo Histórico de la República Oriental del Uruguay*. Montevideo: Francisco Ybarra.
- Bloch, M. (1982). *Introducción a la historia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Carvalho, J. M. (2003). Brasil: naciones imaginadas. En A. Annino y F. X. Guerra (Coord.), *Inventando la Nación* (pp. 501-530). México: Fondo de Cultura Económica.
- Coll Cárdenas, M. (2009). Francisco Berra y la educación positivista en el Uruguay (1874-1882). *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 9, 43-58. Recuperado de <http://www.anuarioiha.fahce.unlp.edu.ar/article/view/AHn09a03/2772>.
- Devoto, F. (2008). La construcción del relato de los orígenes en Argentina, Brasil y Uruguay: las historias nacionales de Varnhagen, Mitre y Bauzá. En C. Altamirano (Dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina* (vol. 1) (pp. 269-289). Buenos Aires: Kats Editores.
- Hobsbawm, E. (2002). La fabricación en serie de tradiciones: Europa, 1870-1914. En E. Hobsbawm y T. Ranger (Eds.), *La invención de la tradición* (pp. 273-318). Barcelona: Crítica
- Ramírez, C. M. (1882). *Juicio Crítico del Bosquejo Histórico de la República Oriental del Uruguay por el Dr. Francisco A. Berra*. Buenos Aires: Imprenta del porvenir.
- Renan, E. (2000). ¿Qué es una nación? En A. Fernández Bravo (Comp.), *La invención de la Nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha* (pp. 62-66). Buenos Aires: Manantial.

- Sansón, T. (2006). Historiografía y nación: una polémica entre Francisco Berra y Carlos María Domínguez. *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 6, 177-199. Recuperado de http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.62/pr.62.pdf.
- Sansón, T. (2011). Proceso de configuración del campo historiográfico uruguayo. *História da historiografia*, 6, 123-141. Recuperado de <https://www.historiadahistoriografia.com.br/revista/article/view/204/169>.
- Sosa, J. (1950). *Ideas pedagógicas de F. A. Berra*. Montevideo: Ediciones Ciudadela.
- Vázquez Franco, G. (2001). *Francisco Berra: la historia prohibida*. Montevideo: Mandinga Editor.